

La odisea de investigar

¿Qué pasa a la hora de reconstruir la memoria histórica en un país en guerra?

Texto: Tatiana Peláez

Fotografía: Álvaro Cardona

El CNMH está realizando más de 15 proyectos de investigación en diversas regiones del país. Para llegar a las fuentes de información, los investigadores deben enfrentar obstáculos que van desde derrumbes en las vías y problemas de orden público, hasta cruzar puentes inexistentes o dormir en hoteles del terror.



Andrés Felipe Carranza

El puente está quebrado

Era la primera visita de campo en Puerto Torres (Belén de los Andaquíes, Caquetá) para Andrés Felipe y todo el equipo que trabaja en el proyecto de memoria histórica desde la antropología forense. El objetivo era recorrer los lugares que ocuparon los paramilitares en el año 2002 para ver en qué estado se encontraban y si aún había rastro de los hechos atroces ocurridos hace 12 años. El colegio donde amarraban, torturaban y descuartizaban a las víctimas; la casa cural, lugar que fue usado como calabozo; y, por último, la iglesia, espacio del que se apoderó y administró a su antojo el grupo paramilitar.

Después de recorrer todos estos lugares y registrar su estado, los investigadores del CNMH caminaron hasta llegar detrás de la iglesia. Allí, los miembros de la comisión judicial y forense que llegaron en el año 2002 a realizar las exhumaciones de los 36 cuerpos encontrados usaban un puente para llegar a una morgue provisional, pues no era posible trasladar los cuerpos a laboratorios especializados, debido a los problemas de orden público. Se trataba de una casa de madera abandonada que debieron readecuar con palos y puertas, con el fin de poder realizar las necropsias. Todos los análisis forenses tuvieron que hacerse en campo.

Andrés Felipe cuenta que lo único que lograba ver era un árbol, monte, pastizales muy altos y un poco de agua. Confiado y liderando la avanzada, Andrés Felipe no alcanzó ni a dar dos pasos hacia adelante cuando sintió que su cuerpo se hundía lentamente en aguas desconocidas. Con cámara fotográfica en mano, y con la esperanza de tocar fondo en algún momento, mantuvo la calma y se aseguró de mantener levantado el brazo. Cuando tocó fondo, el agua le llegaba a la cintura.

Esa era la única oportunidad que este grupo de investigadores tenía para llegar a lo que fue la morgue provisional 12 años atrás y ver qué quedaba de ella. Hoy la zona está completamente abandonada. En el pueblo residen unas cuatro o cinco familias y la mayoría de ellas no se encontraban allí el año en que ocurrieron los hechos. El olvido es el legado que dejó el paso de los paramilitares a este pueblo de muertos sin rostro.



María Angélica Nieto

Sin señal para amenazar

De Santander de Quilichao a Jambaló (Cauca) una persona se tarda cuatro horas aproximadamente. María Angélica, investigadora del proyecto periodistas en medio del conflicto, tardó cinco horas y media debido a un derrumbe que llevaba allí más de una semana y del cual ella no tenía noticias. A pesar de tratarse de una zona de conflicto, el viajar en medio de una tregua entre las Farc y el Gobierno antes de la primera vuelta de elecciones presidenciales le daba cierta tranquilidad.

Al llegar a Jambaló su celular se quedó sin señal. El 3 de julio de 2012 dos antenas, una de Claro y otra de una emisora comunitaria, fueron derrumbadas en medio de enfrentamientos entre las Farc y el Ejército. Desde entonces, la comunidad quedó incomunicada.

La misión de María Angélica parecía inverosímil: entrevistar a los miembros de la radio comunitaria indígena *Voces de nuestra tierra*. Como era de esperarse, al caer la antena por la cual transmitían hace dos años, la radio comunitaria se quedó sin señal. Sin embargo, sus miembros no se dieron por vencidos y desde entonces transmiten por Internet (<http://www.cabildojambalo.org/index.php/emivoces>). Llevan más de 15 años al aire.

Cuenta María Angélica que lo más curioso es que los locutores de *Voces de nuestra tierra* solían recibir amenazas a sus celulares por mensajes de texto. Desde cuando la antena cayó, ese canal de comunicación quedó obsoleto hasta para los autores de las intimidaciones.

Catalina Riveros

Cuidado con los hoteles

“Tengan cuidado con los hoteles donde se hospedan, porque muchos de ellos han sido tomados por los paramilitares, sobre todo los más lujosos”. Esa fue la advertencia que le dieron algunos colegas a Catalina Riveros antes de viajar a un pueblo de Caquetá por primera vez como parte de la investigación sobre desplazamiento forzado.

Siguiendo este consejo, Catalina decidió hospedarse en un hotel pequeño y con pocos lujos. Pasado un año, decidió mudarse a un hotel sencillo, pero más cómodo. No pasó mucho tiempo para que ella entablara una relación muy cercana con los dueños del hotel, una pareja de esposos que le abrieron sus puertas sin titubear.

En una ocasión, la dueña del hotel invitó a Catalina a sentarse con ella. Entre tinto y tinto, la investigadora se sorprendió con la historia que esta mujer tenía para contar. El hotel había sido tomado por los paramilitares años atrás. Al principio vinieron a pedirle el alquiler de dos piezas, a lo que ella se negó pero sabía que llegarían las amenazas. Los hombres pagaron el valor de las noches de estadía, pero poco a poco fueron llegando más miembros del grupo hasta apoderarse completamente del hotel. Los dueños se convirtieron en rehenes. Su labor principal era cocinarles, lavarles la ropa y servirles en lo que necesitaran.

Una tarde llegaron algunos hombres armados, descargaron varias cosas en el patio y le pidieron a ella que fuera a abrir uno de esos paquetes. Al destaparlo la dueña del hotel huyó despavorida en medio de las risas de los paramilitares: una cabeza humana quedó a la vista de todos los presentes.

Desde entonces Catalina empezó a invitar a los dueños del hotel a los talleres y actividades que estaban realizando con la población y, gracias a esto, la pareja logró volver a articularse a la comunidad que los había tachado de cómplices. Fue así como el hotel volvió a tomar vida y sus cuartos ahora viven llenos.

